

## CÁNTICO COMO PROCESO DEL ALMA ENAMORADA

### Una lectura de las estrofas 1-13

Anna Seguí, ocd

#### ***Introducción***

Bien puede decirse que *Cántico Espiritual* es el testimonio personal de Juan de la Cruz, seguramente su experiencia mística más profunda. El Santo abre su alma y nos cuenta, cantando en poesía, la búsqueda ansiosa del Amado y la dicha conmovedora del encuentro. Es su experiencia vivida y plenitud de su alma, explicada en clave de enamoramiento. Y es invitación a toda alma amante a entrar por este camino. Búsqueda, asomos, esconderse, clamores, gemidos, más asomos y más escondrijos. El Amado se va manifestando a la medida del reclamo, de la súplica ansiosa a la dicha del encuentro.

#### ***Definición de Cántico***

De entrada, *Cántico* es definido como ejercicio de amor entre el alma y el Esposo Cristo. Y de tal manera es indecible esta experiencia enamorante que, Juan de la Cruz, da aviso de que “*no hay que atenerse a la declaración*”, porque la experiencia excede el pensamiento y por ello también la declaración, que no dejará de ser sino un simple balbuceo que dice, sin acabar de decir, lo indecible. *Cántico* invita más a abrirse a un silencio orante que a toda declaración comunicada, por limitada y pobre, aunque nos llegue rica y provechosa. Juan de la Cruz, sabe que el “*el callado amor*” es más rico callado que hablado, experimentado que expresado. Y es que, cuando se quiere materializar lo experiencial e indecible, se desfigura y solo nos llega una imagen velada.

#### ***Fuente de inspiración***

Una de las fuentes de inspiración de *Cántico* es el *Cantar de los Cantares* bíblico. *El Cantar* bíblico, expresa la dicha del enamoramiento humano, el deleite placentero del ser en amores, escenificado en la búsqueda enamorada y ansiosa de los amantes. No hay expresión ni palabra que no vaya envuelta en bondad y belleza. Todo es hermoso en este relato, ágil y diáfano en los decires amables, en los deseos de los abrazos, las delicias de los besos, la fascinación de las miradas, la finura de las caricias. Los amantes se buscan y se

embelesan en ternuras envolventes de amor y pasión, fuego y deseo. Todo va en ansia y esperanza de encuentro, hasta poseerse en la excelsitud del amor. En el *Cantar de los Cantares* Dios se ha casado con la humanidad y le hace permanentemente el amor. “*Llévame contigo, amor de mi alma, ven a mí, mi amado es mío y yo soy suya/ Date prisa amor mío*”.

Tanto en el *Cantar*, como en *Cántico*, el amor, el enamoramiento, la atracción apasionada, polariza todo el escrito desde la primera palabra hasta la última, haciendo que el relato resulte encantador y seductor. En *Cántico*, todo va contado y cantado y podríamos añadir, danzado místicamente, como vibración de lo que el amor cumplido produce en el alma. Jesucristo es la figura central que provoca la salida y búsqueda ansiosa del ser hacia el Amado. Y el relato es la ágil descripción de la comprensión que el alma ha adquirido por experiencia de este amor transformante. Cristo es el Amado que, amando y entregándose en amor, se deja alcanzar por la amada, cuando esta se ha dejado hacer y tomar por Él. “*Allí me dio su pecho/ allí le prometí de ser su esposa*”.

### ***Proceso interior***

Las canciones poéticas de *Cántico* son una guía lógica que explican el proceso interior que realiza el alma en su camino transformador. En los principios todo sucede en noche oscura. Salida y búsqueda gimiente son propios de la noche. Lo que se ha atisbado se ha escondido y se queda con dolor y gemido, ansias y deseo. Poco a poco irán asomando los levantes de la aurora, como encuentro y aspiración del aire. Se descansa el alma en los deseos de gloria como plenitud alcanzada, o mejor, regalada por el Amado. *Cántico* canta y versa toda la historia personal-humana del ser que vive con “*ansias en amores inflamada*”. *Cántico* es historia de amor y pasión declarada, que no sosiega y serena hasta cumplido el encuentro, afirmado el amor y consumada la comunión. Hasta quedar todo en gloria: “*Ya solo en amar es mi ejercicio*”.

En conjunto, podríamos decir que, si Cristo es el Amor, si el alma busca y es buscada, y al fin hallada por el Amado para gozo cumplido de este amor, entonces podemos afirmar que nuestro cristianismo es el *Cántico* y *Cantar de los Cantares* nuevo-testamentario, que se recita y se vive en clave de amor inflamado y que nos invita a un: “*Entremos más adentro en la espesura*”.

*Cántico* entronca también con el *Canto del Magnificat*, en tanto que los dos cantos, resaltan las maravillas que Dios realiza en el alma enamorada.

## CANCIÓN 1

*¿Adónde te escondiste,  
Amado, y me dejaste con gemido?  
Como el ciervo huiste  
habiéndome herido;  
salí tras ti clamando, y eras ido.*

El clamor gimiente reclamando presencia amorosa, es propio de quien la ha vislumbrado y quedado prendado, aunque haya sido en fugaz asomo. Nada polariza y dinamiza tanto el ser como el amor. Cuando una presencia se nos hace atractiva y nos enamora, suscita desde dentro un potencial de energía unificadora, que nos centra y concentra hacia un único objetivo: ir al alcance de la presencia y figura. El hechizo enamorante logra sacar lo mejor de nosotros mismos, nos pone en generoso desprendimiento de todo, para correr solo hacia la persona amada y deleitarnos en solo sus amores y encantos. Tenemos certeza de que, dejando todo, no perdemos nada, sino que vamos tras mucha ganancia. El amor nos lanza a aventurar la vida rompiendo límites.

Quien ha gustado luz de amor, causada por la presencia del Amado, de alguna manera ha querido apresarle y quedarse con Él, pero, haciéndose este huidizo, deja solo noticia amorosa. Sucede algo así como en la mañana resurreccional, María escucha su nombre, y reconociendo la voz del Amado, se lanza a sus pies para abrazarlo. Pero el Amado no se deja apresar, y le dirá: *“suéltame”*. Se esconde para que le busque más adentro, en la fe oscura, que será más auténtica y dichosa que lo palpado sensiblemente. Porque la fe, a decir del Santo, *“son los pies con que el alma va a Dios y el amor es la guía que la encamina”*.

Escondese el Amado es provocar nueva búsqueda para nuevo encuentro. Es la dinámica de andar en amores, de trabajar el amor, de hacerlo más vinculante y más profundo. Cuanto más se busca, más se ahonda y más se goza la presencia. El Esposo tira desde dentro, quiere llevar a la amada al seno del

Padre, donde el Amado mora y tiene su *“lecho florido”*. Y en el mientras tanto de la búsqueda, *“siempre le has de tener por escondido y le has de servir en escondido”*.

Dice el Santo que estas comunicaciones y presencias, por altas y subidas noticias que de Dios sean, no son esencialmente Dios *“ni tiene nada que ver con Él”*. Sin embargo, a nuestro natural le es *“noticia”* gustosa, que enciende el deseo de amor, hasta sentir el alma herida e *“inflamada”* buscando al Amado.

Juan de la Cruz afirma que *“de Dios no se alcanza nada si no es por amor”*. Estar enteros para Él, el corazón para Él, el pensamiento para Él, la afección para Él, la oración y el ánimo para Él, el ser entero para el Amado. Si de veras se ama a Dios y el alma se contenta solo con Él, el gemido es sereno, *“en esperanza de lo que le falta”*, porque *“la satisfacción del corazón no se halla en la posesión de las cosas, sino en la desnudez de todas ellas y pobreza de espíritu”*.

La estrella de Belén nos es signo también de la presteza del ciervo en mostrarse y esconderse. Los Magos han visto aparecer una luz diferente y extraña; salen tras ella, pero también se esconde, prosiguen en su búsqueda, hasta que vuelve a aparecer. Cuando se ama, no se cesa en recrear el amor. Lo que se ha descubierto como luz, ahora se busca en fe oscura. *“Las heridas de amor”* que deja el asomo de la presencia, van cambiando y transformando a la amada, *“la hace salir fuera de sí y renovar toda y pasar a nueva manera de ser”, “no sabiendo sino amor”*.

Mientras se atrasa el esperado asomo de presencia amorosa, se vive gimiendo en herida de amor. El deseo del Amado, su ausencia, el gemir del alma, todo la va purificando, haciéndola digna de nuevo encuentro. Juan de la Cruz dice que *“en las heridas de amor no puede haber medicina sino de parte del que la hirió”*. Pero es condición del alma desasirse de todas las cosas por el Amado. *“Salir; esto es, de su modo y amor bajo al alto amor de Dios”*.

## **CANCIÓN 2**

*Pastores, los que fuéredes  
allá por las majadas al otero,  
si por ventura viéredes*

*Aquel que yo más quiero,  
decidle que adolezco, peno y muero.*

Tras los toques amorosos del Amado, que ha iluminado el amor en el alma y la ha encendido en ansias amorosas, la amante se siente revitalizada y enardecida, como en un bullicio alegre y festivo. Pero, al esconderse el Amado, le ha dejado penando, a oscuras y en gemido. Clamor interior que le lleva a buscar y *“aprovecharse de terceros y medianeros para con su Amado, pidiéndoles le den parte de su dolor y pena”*. La amada ve que todo cuanto es creación y criaturas forma parte del hacer de Dios; que todo está llamado a crear una comunión y comunicación de bienes, para que todo traiga y lleve noticia del Amado.

Todo está en servicio y función para apacentar a las almas como *“buenos pastores, de dulces comunicaciones e inspiraciones de Dios”*. La amada hambrea todo lo que sea *“parte y medio para con su Amado”*. Va comprendiendo que necesita valerse de quienes también andan *“aprovechados”*, recibiendo del Amado, lo que en otro momento ella también ha gustado. En su pena y sequedad, se conformará por el tiempo que Dios quiera, alimentarse de los manjares que le comparten las demás criaturas; signo al fin de la comunión que debemos establecer entre nosotros. Nadie muera de hambre a nuestro lado. La comunicación de bienes abastece la necesidad de todos, como el maná en el desierto. *“Porque pastor quiere decir apacentador, y mediante ellos se comunica Dios a ella y le da divino pasto, porque sin ellos poco se comunica”*.

¿Quiénes son *“los que fuéredes”*? La limpieza del corazón y la claridad de los ojos nos llevan a descubrir dónde está el amor y detectar quién obra con amor. Obrar el amor es ser pastores que traen noticia del Amado. Ya en el A.T., en el tiempo del Éxodo, dos personas, Eldad y Medad se ponen a profetizar. Lo dicen a Moisés para que se lo impida, pero él les dice: *“¿Ya estás celoso por mí? ¡Ojalá el Señor diera su espíritu a todo su pueblo, y todos fueran profetas!”* (Nm 11,29). Otro hecho semejante lo hallamos en el N.T. Los discípulos le dicen a Jesús: *“Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre; pero se lo hemos prohibido, porque no es de los nuestros. Jesús contestó: –No se lo prohibáis, porque nadie que haga un milagro en mi nombre podrá luego hablar mal de mí. El que no está contra nosotros, está a favor nuestro”* (Mc 9,38-40).

Cuando estamos en sequedad y a oscuras, nuestra luz y alimento, nuestro sostén, lo podemos buscar en los *“pastores, los que fuéredes”*. Unas veces hallaremos luz y guía en la lectura de la Palabra; podemos hallar pasto también en la buena teología; en la comunicación y experiencia de otras personas que viven el don de Dios y nos comparten su riqueza; podemos apacentarnos de alguna manera en el decir de otras religiones. Porque, el Espíritu Santo inspira a quién quiere, donde quiere y como quiere. El alma que ve las cosas con la mirada de Dios, ve en las cosas y personas el puro amor y atina descubrir dónde hay buen alimento. Compartir el don de Dios nos ayuda a mantenernos serenos y atentos a la espera del Amado. *“Porque ha de entender cualquier alma que, aunque Dios no acuda luego a su necesidad y ruego, que no por eso dejará de acudir en el tiempo oportuno el que es ayudador, como dice David, en las oportunidades y en la tribulación, si ella no desmayare y cesare”*.

En el desierto fue el maná. Hoy, el Cristo que nos vive, nos hace el pan que Él es, es decir, ser eucarísticos. Es así que estamos llamados a partirnos y repartirnos para ser comunión para los demás, pastores y pasto para los que buscan a Dios. Nuestro ser eucarísticos es alimento que da noticia del Amado a toda la creación y las criaturas, todo vive por este alimento. Y todo toque, toda presencia del Amado, toda iluminación que nos regala, nos abre no solo a mayor gozo, sino a mayor compromiso real y eficaz en la construcción del Reino de Dios en este mundo. Una Iglesia de pastoras-es apacentadoras-es.

El Resucitado se ha mostrado asomando por el otero. La fe es el testimonio cierto de estas apariciones en el alma de la amada. Apacentar será por siempre dar razón con la vida ofrecida de la fe que nos sostiene y alumbrá. Fe que es alegre en la esperanza y gimiente en el deseo, hasta ver cumplido el encuentro definitivo, y pase al fin este adolecer, penar y morir. Las potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad, unidas a las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, están en su pleno proceso de búsqueda, comprensión y unión.

### **CANCIÓN 3**

*Buscando mis amores  
Iré por esos montes y riberas,  
ni cogeré las flores  
ni temeré las fieras*

*y pasará los fuertes y fronteras.*

En cada canción se va detectando un movimiento evolutivo y un dinamismo del ser. No permanecemos estáticos, siempre estamos en permanente proceso de transformación. Se aprecia que cada canción es un estado del alma diferente al anterior. Dice el comentario en esta tercera canción: *“El alma que de veras a Dios ama no empereza hacer cuanto puede por hallar al Hijo de Dios, su Amado”*. La amante ya no puede detenerse ni conformarse con *“pastos y pastores”*. El alma oye en su corazón: *“buscad mi rostro”*. Y responde con fuerza y coraje: *“Tu rostro buscaré, Señor”*; y el gemir del alma: *“no me escondas tu rostro”*. Es así que surge desde dentro, una decidida voluntad de romper el límite que le detiene, porque ya no le valen terceros. Toma el riesgo de lanzarse a la aventura y buscar a solas al Amado. Nuevo desprendimiento, se vuelven a dejar cosas, asumiendo el riesgo de esa nueva búsqueda hacia lo desconocido. Comenta el Santo: *“ni bastarán a detenerla e impedirle este camino todas las fuerzas y asechanzas de los tres enemigos del alma, que son: mundo, demonio y carne”*.

Darnos y regalarnos Dios la libertad es habilitarnos y descubrirnos capaces de buscarle por nosotros mismos. *“Es menester obrar de su parte lo que en sí es. Porque más suele estimar Dios una obra de la propia persona que muchas que otras hacen por ella”*. Estar nuevamente en salida, ahora con nuevas determinaciones: ejercitarse en las virtudes. Es decir, clavar la mirada en el Amado y obrar según Él es y nos ha mostrado. El olvido de sí es para traer memoria del Amado y vivir en el espíritu de las Bienaventuranzas, ejercitando las virtudes. La amada se reviste a gusto del Amado, obrando el amor en todo. La lucha es contra el mundo, el demonio y la carne. La eficacia de esta lucha vendrá por la oración, la conversión y las obras de amor, *“por no quedarse sin hallarle”*. Buscar al Amado es dejar amores y sabores de otros gustos y placeres tenidos. Pasar por un baño purificador de apetencias, hasta apetecer solo al Amado.

Ir por los montes y riberas es como unir *“Marta y María anden juntas”*, trabajo y contemplación junto. *“Buscando al Amado, iré poniendo por obra las altas virtudes y humillándome en las bajas mortificaciones y ejercicios humildes. Esto dice porque el camino de buscar a Dios es ir obrando en Dios el bien y mortificando en sí el mal”*.

La vida liberada es vaciar el corazón de apegos y apetencias. Adquirir libertad y fortaleza para no coger las flores de los vicios que le deleitaron y apresaron. Expulsar del corazón todo lo que es *“impedimento para la desnudez espiritual”*. Ir al desnudo, sin dejarnos envolver por los afectos sensuales y espirituales, que unos y otros impiden la libertad de espíritu. Comenta Juan de la Cruz: *“no solo los bienes temporales y deleites corporales impiden y contradicen el camino de Dios, más también los consuelos y deleites espirituales, si se tienen con propiedad o se buscan, impiden el camino de la cruz del Esposo Cristo”*.

Todo este recorrido por montes y riberas será fatigoso y penoso, porque no solo es renuncia a los apetitos; también requerirá fortaleza para luchar contra el mundo (las fieras), demonio (los fuertes) y carne (las fronteras).

No temer *“las fieras”*: el mundo. Este lugar donde hemos vivido y crecido, que nos es conocido, familiar y querido, amado y gozado. Todo lo que han sido nuestros *“contentos y deleites”*. Todo lo que es nuestra reputación y estima a los ojos de la gente, se viene abajo, hasta sufrir mofa y desprecio.

No temer *“los fuertes”*: el demonio. La dura prueba y aplastante combate, como Jesús en las tentaciones en el Desierto, será enfrentarnos con la realidad de lo diabólico. La fuerza del Maligno es demoledora para la pobre alma en su combate espiritual. Nada lo dice mejor que el comentario del libro: *“Ningún poder humano se podrá comparar con el suyo, y así solo el poder divino basta para poderle vencer y sola la luz divina para poder entender sus ardidés. Por lo cual el alma que hubiere de vencer su fortaleza no podrá sin oración, ni sus engaños podrá entender sin mortificación y sin humildad”*. Así la amada se aplica a la oración y cruz de Cristo, de donde le vendrán todos los bienes. Este bien lo trae la redención de Jesucristo, el Amado.

Pasar los *“fuertes y fronteras”*: la carne, como oposición al espíritu, en el combate contra las apetencias sensuales de nuestra naturaleza humana. La entrega a las satisfacciones sensibles da la medida de la lucha que habrá de librar el alma, si de veras quiere ir a Dios. Tanto más dada a satisfacerse, más impedida para deshacerse y *“pasar a la verdadera vida y deleite espiritual”*. Todo depende de la determinada determinación con que la persona emprende la búsqueda para encontrarse con el Amado y ser al fin sanada por Él.

#### **CANCIÓN 4**



*¡Oh bosques y espesuras  
plantadas por la mano del Amado!  
¡Oh prado de verduras  
de flores esmaltado!,  
¡decid si por vosotros ha pasado!*

Con esta nueva canción asoma un nuevo estado del alma, abierta ahora a la contemplación, admiración y comprensión de todo lo criado. Creación y criaturas son contempladas e interrogadas con la esperanza de hallar en ellas algún rastro, noticia o hálito del Amado.

De entrada, esta canción es un canto a la hermosura de la ecología, que podemos unir al *Cántico de las criaturas* de san Francisco de Asís y a la Encíclica *Laudato si* del Papa Francisco. Y vinculado también a la esplendidez del acto creacional del Génesis, con frescor y sabor a jardín, belleza de flores y colores *“plantadas por la mano del Amado”*.

El conjunto tiene fuerza y poder seductor. La amada ha adquirido hondura y mirada penetrante; todo lo ve como obra de Dios y *“habla, pues el alma en esta canción con las criaturas, preguntándoles por su Amado”*. Todo forma parte de una manera de ser y hacerse orante y contemplativo, porque todo es tratar y polarizarse por el Amado. La amada ha salido de su mundo y estrechez personal y se ha abierto a la recreación de todo lo que le rodea y le sabe al Amado. *“Y así el alma mucho se mueve al amor de su Amado Dios por la consideración de las criaturas, viendo que son cosas que por su propia mano fueron hechas”*. Es como un estado de contemplación de la creación, situarse delicadamente ante ella saboreando el rastro del Amado.

Toda el alma está atenta, afina el oído, está deseosa de respuesta por parte de la creación y las criaturas, *“¡Oh prado de verduras (el cielo, estrellas, planetas); de flores esmaltado! (los ángeles y las almas santas)”*. Así se queda en ansias de noticia de las criaturas: *“¡Decid si por vosotros ha pasado!”*, *“qué excelencias en vosotras ha criado”*, ¡qué hermosura ha bordado!

## **CANCIÓN 5**

*Mil gracias derramando  
pasó por estos sotos con presura  
y yéndolos mirando*

*con sola su figura  
vestidos los dejó de su hermosura*

El contemplativo, de alguna manera, cuando contempla, dialoga con lo contemplado. Orar es amar y es dialogar. Contemplar, orar, dialogar se complementan. El alma ha preguntado a las criaturas, ahora ellas le responden. El contemplativo, con fina sensibilidad, penetra la profundidad de las cosas y oye su voz.

Dios, creando las criaturas, las ha hermoñado. Dios embellece todo lo que toca, porque en todo deja rastro de su Ser y hacer. Dios mismo se recrea en su creación, se complace dejando bondad y belleza en todo: *“Vio Dios todo lo que había hecho y era muy bueno”* (Gn 1,31). El alma irá cayendo en la cuenta de que Dios la trabaja para hermoñarla según la hizo y Cristo la redimió.

*“Mil gracias derramando”* es impregnar todo de presencia divina. Todo lo creado, elementos materiales del cielo y de la tierra, animales y hasta su criatura amiga-amada que es el ser humano (hombre y mujer los creó), todo está bendecido de gracia santificadora, porque Dios deja en todo su aliento y todo adquiere vida de Dios, todo vive por el hálito de Dios que lo sustenta y todo es vivido en Dios. La amada ha visto y comprendido con agudeza contemplativa cuánta presencia de Dios hay en todo, es estar envueltos de vida sacramental, porque todo es rastro de Dios.

Mirar la creación, contemplarla, es ver algo de la belleza de Dios y percibir su hálito vivificador. Todo ha quedado hecho en función y dedicación de su obra mayor, que es la Encarnación de su Hijo amado. Todo lo hizo por Él y para Él. Y en Él, toda la creación y criaturas. Y Cristo todo lo toma para elevarlo al Padre. En su Encarnación y resurrección, todo queda vestido de gracia y dignidad. Todo es presentado al Padre como plenitud cumplida.

El alma queda sobrecogida y asombrada en viendo *“tanta abundancia de gracias y virtudes y hermosura de que Dios las dotó” / “cuyo mirar viste de hermosura y alegría el mundo y a todos los cielos”*. Y *“llagada el alma en amor”*, vuelve a quedar herida y en gemido, reclamando ver la hermosura del Amado en *“presencia y figura”*. Así estalla nuevo gemir en la siguiente Canción.

## **CANCIÓN 6**

*¡Ay! Quién podrá sanarme?  
¡Acaba de entregarte ya de vero;  
no quieras enviarme  
de hoy más ya mensajero  
que no saben decirme lo que quiero!*

Amor y dolor crecen juntos. Las noticias que el alma recibe de las criaturas le aumentan el amor, y la ausencia del Amado, el dolor. Solo la presencia puede satisfacer su deseo y calmar el dolor, porque: *“la cual voluntad no se contenta ni satisface con menos que su visita y presencia”*.

El amor es lo que da contento y levantamiento, pero para quien ama en profundidad, solo la presencia satisface y serena. *“Porque todas las demás cosas no solamente no la satisfacen, mas antes, le hacen crecer el apetito de verle a él como es”*. Todo lo que son *“noticias”*, le es y le sabe al alma como *“meajas”* (migajas) que le despiertan más el apetito, y esto hace que el alma gima penosa y suplicante: *“acaba de entregarte ya de vero”*.

La amada se expresa quejosa al Amado y le dice que *“ya la grandeza del amor que tengo no puede contentarse con estos recaudos; por tanto, acaba de entregarte”* *“dándote al todo de mi alma, porque toda ella tenga a ti todo, y no quieras enviarme ya más mensajeros”*; la confianza de la amada es ruego que fuerza al Amado: *“tú seas el mensajero y los mensajes”*. Porque a más mensajeros, recaudos y noticias, más amor, más ansias, más deseos, más dolor, más quejidos.

## **CANCIÓN 7**

*Y todos cuantos vagan  
de ti me van mil gracias refiriendo  
y todos más me llagan  
y déjame muriendo  
un no sé qué que quedan balbuciendo.*

Cuando se entra a vivir vida de Dios, se nos desmorona y despoja la vida vivida que teníamos. Y la *“noticia”* de lo novedoso nos va abriendo y llevando al encuentro con realidades que nos eran desconocidas. Descubrir las, si bien nos aporta gozo y esperanza, prolonga el dolor de lo no satisfecho del todo. Porque todo es vivir sin acabar de vivir y gozar sin acabar de gozar.

Este proceso de búsqueda genera un desgaste que, en la presente canción lo explica hablando de *“tres maneras de penar por el Amado acerca de tres maneras de noticias que de él se pueden tener”*. Algo así como tres estados de la fe, que van de lo más inicial y superficial, visible y material, hasta adentrarnos en honduras interiores desconocidas, que se sienten, se presienten sin acabar de comprender ni manifestar del todo, quedando en *“un no sé qué que queda balbuciendo”*.

En las tres maneras de penar, la primera se define como *“herida”*, que es la más leve y pasa pronto porque *“de la noticia que el alma recibe de las criaturas le nace, que son las más bajas obras de Dios”*.

*“La segunda se llama llaga”*, y es que el amor ya ha alcanzado más hondura y *“hace más efecto”*, porque es *“noticia”* que genera ya alguna comprensión del misterio de la Encarnación y de la fe. Por tanto, a mayor hondura, mayor efecto de amor, causando mayor herida que se convierte en llaga.

*“La tercera manera de penar en el amor es como morir”*. A esto lo llama *“llaga afistolada”*. Y es que el amor de Dios nos toca para matar todo lo que en nosotros no es Dios y no es puro amor de Dios. Somos *“heridos, llagados y matados”*, para que al fin vivamos vida de amor, hasta ser transformados en amor. Es lo que la canción llama *“un no sé qué que quedan balbuciendo”*. Es la experiencia de vida en el amor, queriendo vivir solo este amor, conocer más y mejor el amor hasta ser puro amor.

Quien vive el amor, en todo ve y recibe noticia de Dios. *“Todos cuantos vagan”*, criaturas, hombres y ángeles, verdades de la Escritura, todo junto *“de ti me van mil gracias refiriendo”*, pero todos le hieren y llagan y le dejan muriendo.

## **CANCIÓN 8**

*Mas, ¿cómo perseveras,  
joh vida!, no viviendo donde vives  
y haciendo porque mueras  
las flechas que recibes  
de lo que del Amado en ti recibes?*

La amada se interroga a sí misma: *¿cómo perseveras, ¡oh vida!, no viviendo donde vives?* Su estado de gemido y dolor es también de aprovechados, porque sus ansias y vida es en Dios. Todo su ser y pensar lo tiene en Él. Y todo lo que de Él recibe le hace penar, hasta morir, por no tenerle a Él mismo en posesión plena.

Ella ve que vive más en lo que siente, piensa y experimenta sobre el Amado que en su propia realidad terrena, porque esta le genera estrechez y apretura. Tantos toques de amor y tanta herida siente que le hacen morir, pero no le acaban, y con todo *“el alma más vive donde ama que en el cuerpo donde anima”*. Todo transcurre en deseo de poseer a Dios, y mientras esto no llega, todo le es vida penosa a causa *“de lo que del Amado en ti concibes”*.

Es una intuición profunda y sentida *“de la grandeza, hermosura, sabiduría, gracia y virtudes que de él entiende”*. Así, estando en este sentir, todo lo de acá le es nada o más bien cárcel que impide el vuelo definitivo junto al Amado. Por eso vive en este amor que le es sabroso y doloroso, pero siempre en paz, porque entiende que todo le viene de Dios.

## CANCIÓN 9

*¿Por qué, pues has llagado  
aqueste corazón, no le sanaste?  
Y, pues me le has robado,  
¿por qué así le dejaste  
y no tomas el robo que robaste?*

La amada, tras debatirse consigo misma, vuelve nuevamente la mirada al Amado *“que le causa todo este dolor”*. La amada comprende que no tiene *“otra medicina sino a su Amado”*. Él es quien le ha llagado, Él es quien le ha de curar y esta es su gimiente esperanza.

La relación es a modo de clamor y reproche: *“¿Por qué, pues has llagado a aqueste corazón, no le sanaste?* La amada desea este amor, pero esto que le es tan amable y dulce, lo quiere al completo: vivir en este estado de cielo amoroso para siempre. Es como decirle al Amado: si me amas y muestras señales de tu amor, no me las quites, *“no me escondas Tu rostro”*, muéstrate y concédeme estarte mirando y contemplándote siempre.

Si me has robado, quédate con el robo, quédate conmigo, que soy lo robado. “¿Y no tomas el robo que robaste?”. La amada viene a decirle: ¡vivamos polarizados uno al otro! Me has robado y me has hecho posesión tuya, sé mío Tú también. Atiende y cuida el robo que robaste que soy yo.

Porque, “*el alma que ama no espera el fin de su trabajo, sino el fin de su obra. Porque su obra es amar, y de esta obra, que es amar, espera ella el fin y remate que es la perfección y cumplimiento de amar a Dios*”. Su penar es tenerse que conformar con buscar en todas las cosas a su Amado y no hallándole como le necesita, todo le causa tormento y hasta la vida y el trato con las personas no le llenan, y todo junto le hace estar en un ¡ay! ansioso y penoso. Aunque, todo lo que mira es contemplado con los ojos del Amado, así en esto mismo halla su paz y calma sus ansias.

## CANCIÓN 10

*¡Apaga mis enojos,  
pues que ninguno basta a deshacellos,  
y véante mis ojos,  
pues eres lumbre dellos  
y solo para ti quiero tenellos!*

Reitera la amada, una y otra vez, que el Amado ponga fin “*a sus ansias y penas*”. Para quien anda en amor, solo el Amado serena las ansias y los reclamos amorosos. Ver al Amado es satisfacer el deseo del corazón de la amada. Verle, clavando los ojos en solo esta mirada nos recuerda el texto de Hebreos: “*Fijos los ojos en Jesús*” (Hbr 12,2). Y la Santa: “*Los ojos en vuestro Esposo*”; “*Los ojos en Cristo*”. Y en el Cantar de los Cantares: “*Yo soy como una muralla, y mis pechos como torres. Por eso, a los ojos de él, ya he encontrado la felicidad*”. Todo lleva a mirar y ver con deseos irrefrenables.

Si el Amado no se hace el encontradizo, la amada siente el frío de su ausencia y se desestabiliza. Si el Amado no se deja ver, la amada siente “*enojo y “fatiga*”; nada basta para “*deshacellos, sino la posesión del Amado*”. Cuando Él asoma, la amada se recrea al frescor de la presencia deseada. Sin esta presencia, “*ella está padeciendo con fuego de amor*”, porque el alma no soporta la ausencia.

El Amado está pronto para darse y mostrarse cuando ve que el alma no “*tiene ni pretende otra satisfacción y consuelo fuera de él*”. El Amado nunca se tarda

cuando ve la espera amorosa y ansiosa de la amada, siempre está pronto para mostrarse y proporcionarle consuelo.

Prosigue ella diciendo: *“Y véante mis ojos”*, ver al Amado cara a cara solo se cumplirá cuando la amada sepa mirarle con los ojos de Él. Ver con los ojos del Amado es haber puesto el Amado luz en ellos, en los de la amada; sin esta luz, no sabría verle ni reconocerle. Sin esta luz no sabría ver el rastro del Amado ni en la creación ni en las criaturas, nada le sería amable. Recibir luz del Amado supone perder de nosotros, para ser ganados por Dios, hasta saber ver todo con los ojos del Amado. Él se nos da cuando nosotros nos damos.

Y añade: *“Pues eres lumbre de ellos”*; es tener certeza de que, para verle, solo el Amado puede iluminar y esclarecer la mirada. Sin el resplandor del Amado, solo hay oscuridad y tinieblas. *“Y véante mis ojos”*, es disponerse a recibir esa luz del Amado, que le permite verle a Él y saberlo ver en todas las cosas, aunque ellas no sean propiamente Él, se trata de saber detectar el rastro que dejó en ellas.

*“Y solo para ti quiero tenellos”*. Ya el alma solo la ocupa el Amado y en Él tiene su centro, por ello su ser entero ha ido quedando polarizado en el Amado, sin mirar otras cosas. Nada la descentra, el amor la acapara, *“pues todas las cosas tiene dejadas y a sí misma por él”*.

## **CANCIÓN 11**

*¡Descubre tu presencia,  
y máteme tu vista y hermosura;  
mira que la dolencia  
de amor, que no se cura  
sino con la presencia y figura!*

En esta canción, el alma da muestras de un profundo conocimiento de la obra de gracia de Dios en las criaturas. En este caso, del conocimiento de sí como amada y lo que Dios obra en ella.

Beneficiada en toques amorosos, sigue gimiendo por lo que le falta y por esconderse el Amado. Pero ya está tan llegado el amor y llagada el alma, que pide abiertamente morir con tal de ver ya la hermosura del Amado y su adorable presencia.

*“Descubre tu presencia”*. Tres estados de estar Dios en el alma dice haber, que van de menos a más; en una y otra manera es presencia de Dios, lo cual quiere decir que somos porque Dios nos habita. *“La primera es esencial”*, es decir, somos y existimos porque Dios nos tiene en sí y nos da la existencia. Todo es y existe porque Dios quiere y nos sostiene, todo y todos somos en Él. Sin Dios, no habría vida, sería el caos o la nada, la no existencia.

*“La segunda existencia es por gracia”*. El alma que vive en verdad a imagen y semejanza de Dios y procura vivir el amor, Dios vive agrado en ella. Ser amor porque Dios es amor y expandir esta gracia de amor.

*“La tercera es por afección espiritual”*. Dios se nos muestra y sus toques amorosos recrean nuestro ser, encendiendo más el amor y no trayendo otro cuidado que poner a Dios en el centro de nuestra vida, viéndolo en todas las cosas. Y ya el alma no tiene otro deseo que Dios se le muestre en su *“ser y hermosura”*. Este deleite de Dios es lo que enciende un fuego de amor espiritual en las almas y todo es abrasado en amor.

Es en lo afectivo donde prende el deseo de amor y presencia. En lo oculto y aun en la fe oscura, Dios se ha mostrado, se ha dejado degustar. Y así el alma le ansía hasta desear morir por verle y poseerle ya del todo. Este bien permanece, aunque *“encubierto”* y así proclama la amada: *“descubre tu presencia”*.

Pero nuestro natural no resiste ni le cabe la hermosura de Dios ni su gloria. Por lo cual, pide abiertamente morir: *“y máteme tu vista y hermosura”*, ¡cúmplase el deseo de verte y serena el ansia de poseerte! No teme la muerte, si esta le da tanta ganancia y dicha como es poseer ya al Amado.

El alma que ha sido ganada por el amor, no solo no teme la muerte, es que la desea y la reclama como un bien que le abrirá la puerta para entrar a sentarse en torno a la mesa del Banquete del Reino. El amor mira la muerte sin temor, la mira y la entiende como dichosa ventura que le trae liberación.

El amor es la felicidad de la existencia y todo lo hace de un sabor. Tanto en lo bueno como en lo adverso, todo le es igual. Nada le es amargo, porque el amor transforma todas las cosas. Vivir y morir tienen su deleite en el amor. Pero,



como la muerte le abre la puerta a estar con el Amado para siempre, así la tiene por más deseosa que la vida aquí, donde sufre la ausencia y no la posesión plena. El encuentro con el Amado es la felicidad del amor cumplido. *“Delante de Dios no hay nada precioso sino lo que él es en sí mismo”, y “más vive el alma adonde ama que donde anima, y así tiene en poco esta vida temporal”.*

Por eso dice la amada a su Amado: *“Mira que la dolencia de amor, que no se cura sino con la presencia y figura”.* La amada sabe que *“la salud del alma es el amor de Dios”.* Si no amamos estamos muertos. Si amamos tenemos vida en nosotros y más salud, porque el amor es Dios y nos hace según Él es.

Dice Juan de la Cruz: *“el amor nunca llega a estar perfecto hasta que emparejan tan en uno los amantes, que se transfiguran el uno al otro, y entonces está el amor todo sano”.*

## **CANCIÓN 12**

*¡Oh cristalina fuente,  
si en esos tus semblantes plateados  
formases de repente  
los ojos deseados  
que tengo en mis entrañas dibujados!*

El diálogo de la amada ya no es con el entorno, sino con el Tú que lleva dentro. El lenguaje de la fe será el único medio para la verdad oculta y amorosa que vive con el Amado: *“Oh fe de mi esposo Cristo, si las verdades que has infundido de mi Amado en mi alma, encubiertas con oscuridad y tiniebla / las manifestases ya con claridad / lo mostrases y descubrieses en un momento / formada y acabadamente, volviéndolas en manifestación de gloria”,* sería ver la *“cristalina fuente”,* la imagen deseada del Amado viva y clara, *“fuente”* donde saciar todas las ansias y llenarse de todo el bien que es ver y poseer al Amado.

*“Si en estos tus semblantes plateados”.* La fe es oscura; sin embargo, cuando el alma ha vislumbrado y gustado los bienes que los *“toques”* del Amado le han causado, la oscuridad de la fe pasa a tener *“semblantes plateados”,* quedándose el alma aspirando a poseer el oro que contienen dentro. El *“semblante plateado”,* pertenece al sentido de la fe; el oro, sin embargo, es su

verdadero contenido, que solo puede ser visto y poseído en la otra vida. *“La fe nos da y comunica al mismo Dios, pero cubierto con la plata de la fe”,* encubierto en el *“semblante plateado”*. Y es tal el deseo del alma, que la amada pide al Amado: *“formases de repente los ojos deseados”,* es decir: descubre lo encubierto en la fe, el oro escondido que es Dios mismo, dámelo claramente y al descubierto *“como pide el deseo”*.

Porque, sentirse la amada mirada por el Amado, es tener en sí los ojos impresos dentro, por lo cual dice: *“que tengo en mis entrañas dibujados”*. La fe le pone este convencimiento interior, aceptando con humildad que, todo lo que se siente y se ve en fe, no es acabada visión, es *“semblante plateado”*, el oro queda escondido.

La seguridad -en fe-, de la presencia del Amado, lleva a *“ser verdad decir que el Amado vive en el amante, y el amante en el Amado”*. Esta unión crea la semejanza, hasta afirmar *“que cada uno es el otro y que entrambos son uno”*. Es la total armonía del enamoramiento que, *“entrambos son uno por transformación de amor”*. Es la afirmación paulina de que la unión con Cristo nos lleva a vivir vida divina más que humana, porque ya Cristo lo es todo y hace todo en el ser que se ha dejado transformar. La unión de amor es vida de Cristo, y esto será vivido en plenitud en el cielo cuando ya seremos configurados con Dios: *“la vida de Dios será vida suya”*.

La vida de Dios es dicha para el alma y en ella *“se contenta grandemente el Amado”*. El alma solo ansía al Amado, beber vida de Dios como lo único que colma y calma sus ansias amorosas. Todas las pruebas y dificultades tiene ya en nada y se dispone a pasarlas todas con tal de saciar su hambre y sed de Dios. En tanto *“se va juntando más a Dios, siente en sí más el vacío de Dios y gravísimas tinieblas en su alma, con fuego espiritual que la seca y purga, para que, purificada, se pueda unir con Dios”*. Pero Dios, *“conforme a las tinieblas y vacíos del alma son también las consolaciones y regalos que hace”*. La amada vive vida regalada y purificada.

### **CANCIÓN 13**

*¡Apártalos, Amado,  
que voy de vuelo!*

***Esposo***

*¡Vuélvete, paloma  
que el ciervo vulnerado  
por el otero asoma  
al aire de tu vuelo, y fresco toma!*

Aun pareciendo que el Amado se tarda en sus asomos, ningún ansia y deseo de Él queda sin respuesta de parte de Dios. A los gemidos del alma reclamando presencia, el Amado visita a la esposa *“con grande fuerza de amor”*. La amada queda correspondida y sobrepasada en el reclamo que viene haciendo al Amado.

Los ojos del Amado sobrepasan la capacidad de recibir la comunicación y fuerza que lleva la mirada amante. Esta fuerza y grandeza divina trastoca el natural, lo excede y arrebatada, no sin temor de quien recibe el toque. Es una gracia divina que la naturaleza humana no sufre y no solo causa desconcierto, además, afecta física y psíquicamente hasta la exclamación de un: *“¡apártalos, Amado!”*, en la contradicción que siente el alma entre el querer y no poder.

Los ojos de Dios abren nuestra propia mirada y la dilatan. Mirarnos Dios supera lo natural tocando los centros neurálgicos del alma, dilatándola. Todo el ser queda como en suspense, vuelo del alma fuera de lo natural y material del cuerpo, produciendo una escisión entre nuestro ser carnal y la realidad espiritual. Por más que abre Dios y ensancha la capacidad de comprensión de la mente y el corazón del ser, ella, aun viéndose correspondida, también toca y sufre límite en su capacidad receptiva y exclama: *“¡Apártalos, Amado!”*. Y es que no se sufre este fenómeno místico en la pequeñez de nuestra naturaleza quebradiza.

Si Dios se diera más de lo que podemos asimilar, nos haría morir; y, aunque bien lo desea la amada, no le es llegado su tiempo de gloria, por eso Dios la hace volver. Pero ya la vuelta la deja mejorada y más llagada y llegada al Amado, porque Él ya se muestra a deseo de ella y la colma y calma. Dice el comentario: *“Porque tal es la miseria del natural en esta vida, que aquello que al alma le es más vida y ella con tanto deseo desea, que es la comunicación con su Amado, cuando se le viene a dar, no lo puede recibir sin que casi le cueste la vida, de suerte que los ojos que con tanta solicitud y ansias y por tantas vías buscaba, venga a decir cuando los recibe: ¡Apártalos, Amado!”*.

La amada experimenta el amor y el temor todo junto. El amor la deleita y la dilata, pero el natural teme el toque sobrenatural y le hiere, se queja la carne, pero goza el espíritu y vuela a vuelo del Amado, que es ver cumplido el deseo del alma como venía pidiendo. Y surge un nuevo reclamo, y es que, la amada, volando fuera de la carne, no quiere volver a ella, y pide al Amado que se comunique fuera de la carne en el Espíritu, hecha espíritu con Él. Viene a ser algo así como desearse la muerte, para solo gozar vida de Dios en Dios mismo.

Estos estados de arrebatos místicos suceden entre el deseo placentero y el dolor de lo insufrible en la condición de ser criatura. Es un estado de *"aprovechados"*, como aprendiendo a recibir gracia de Dios. Pero la mística también madura el ser, serenando los excesos y recibiendo la comunicación en *"paz y suave amor"*, siendo la comunicación no menos intensa, sino más integradora. Dios va agrandando la capacidad de ser recibido en el alma.

El Esposo ataja el vuelo espiritual con una radical vuelta al estado natural y dice: *"¡Vuélvete, paloma!"*, es decir: *"no es llegado ese tiempo de tan alto conocimiento, y acomódate a este más bajo que yo ahora te comunico en este tu exceso"*, *"que el ciervo vulnerado"* –el Esposo-, ya está pendiente de la *"consorte"*, *"y la regala y acaricia"*. Todo queda comunicado y compartido, siendo la herida de amor de la esposa llaga que llaga al Esposo, porque: *"al gemido de ella viene herido del amor de ella; porque en los enamorados la herida de uno es de entrambos, y un mismo sentimiento tienen los dos"*. Llagados de amor los dos, Amado y amada.

*"Por el otero asoma"*. La contemplación, en esta altura, es ahora gracia que Dios regala al alma dándole noticia y mostrándose Dios, pero en leve y fugaz asomo.

*"Al aire de tu vuelo y fresco toma"*. Contemplación-éxtasis, es el vuelo que experimenta el alma fuera de sí. Un estado de gracia al aire del Espíritu de amor, porque todo sucede en amor. Y porque Dios se comunica, no por el vuelo del alma, *"sino por el amor y conocimiento"*. Es como un leve roce de conocimiento de Dios, como aire amoroso, como un degustar amor de Dios. Todo va fundado en amor, como realidad que agrada a Dios y por la que se une a Dios el alma. La única vía de unión es el amor. *"Esta caridad, pues y amor del alma hace venir al Esposo corriendo a beber de esta fuente de amor de su Esposa"*.

*“Y fresco toma”*. El amor es arder en fuego. El aire del Espíritu es frescor que refrigera, atempera y recrea. Y hasta el mismo aire es a la vez *“más fuego de amor”*. Dios, dándose, abre comprensión de amor, dilata el amor y el ser queda enriquecido en gracia y amor. Y todo sucede según *“la voluntad y amor del alma”*. Tal es el reclamo de la amada, tanto se da y regala Dios. El alma se torna canto de alabanza *“refiriendo las grandezas que en esta unión en Él siente y goza”*. Y así exclama en la canción siguiente: *“Mi Amado las montañas...”*

*Continuará*